

viaría por correo un cuestionario, cuyas respuestas serían reproducidas en el diario *La República*:

—A pesar del tiempo que llevas en EE. UU., esos cuentos dicen que sigues merodeando en Coyungo y la Casa Rosada de Nazca.

—Abelardo Oquendo dijo en su quemadero de la Inquisición que me he llevado Coyungo en mi apachico de aventurero. Bueno, no Coyungo propiamente, pero sí todos mis chirimacos.

—¿Sientes que no te has ido?

—Seguro. Porque quienes estamos fuera somos la memoria del Perú. Es un raro fenómeno. Los que están en el Perú ya no recuerdan los hechos ni los lugares. Las situaciones cotidianas crean como una neblina de olvido”.

* * *

Como un remezón, como un golpe inmó-

vil en el lugar menos esperado, la noticia llegaba a los amigos, a la familia, a los lectores: Gregorio Martínez había fallecido en su casa de Arlington, Virginia, el 7 de agosto del 2017. Algunos medios difundieron la noticia de una enfermedad silenciosa, o al menos del escritor que la guardaba en silencio. No hubo mayor aclaración.

* * *

La plaza vacía parece que siempre ha estado así. El cielo y la arena amenazantes. El sol de octubre no se aleja aún de Coyungo. Un aparente silencio se interna en el pueblo.

La plaza vacía. Las cenizas de Gregorio Martínez están ahí, enterradas bajo una placa que le hace frente al sol: *Destacado Escritor, Hijo Ilustre de Coyungo*.

Coyungo, un domingo de octubre del 2017. La plaza está vacía. La plaza está en silencio.



“En octubre, mes de los zorros, cantan las sirenas”.

Ambos dos: Aproximación a dos premios y dos libros

JUAN MANUEL CHÁVEZ

El par de ocasiones en que no logré el primer lugar en el Premio Copé fue porque Gregorio Martínez lo ganó. Mis primeros hitos literarios anidan a la sombra de su gravitación. Desde hace quince años, me siento unido a él como el sello de la cara moneda de sus victorias.

En 2002, cuando Gregorio Martínez se llevó el triunfo con su cuento “Guitarra de Palisandro”, yo obtuve el Copé de Plata por “Sin cobijo en Palomares”. Él ya vivía en Estados Unidos y yo estudiaba literatura en la Universidad de San Marcos; incluso, había leído, como parte de un curso semestral, su libro mayor: *Canto de sirena* (ganador del Premio Nacional José María Arguedas el año que nació). Él, con todo su prestigio en el ámbito académico y una vida construida en el extranjero, se llevó el oro; por mi parte, me pregunté entre dientes: ¿para qué se mandó al concurso?

Lo que persigue un autor consagrado con un premio que suele ser consagrador como el Copé es, evidentemente, distinto de las aspiraciones que impulsan a un novel, un aprendiz. Más allá del dinero que acompaña al galardón, del cual goza cualquiera, la recompensa simbólica es diferente, y eso me intrigó aquella tarde en que, por teléfono, me anunciaron que en el podio de ganadores yo quedaba detrás de un clásico del Perú.

El Premio Copé ha labrado su prestigio gracias a la confirmación del valor literario de quienes lo han ganado bienalmente. En cuento, figuran nombres como los de Óscar Colchado Lucio, Cronwell Jara, Luis Nieto Degregori, Fernando Iwasaki o Luis Enrique Tord. Imagino que un escritor que ya no radicaba en el Perú como Gregorio Martínez estaba muy interesado en afirmar su reputación con un galardón de valor nacional. No le bastó con el de cuento, pues además ganó, años después, el de ensayo.

La primera edición de la Bienal Internacional de Ensayo fue en 2008, premio que Gregorio

Martínez ganó con su *Diccionario abracadabra. Ensayos de abecechadero*; mi inédito *Limanerías* quedó detrás.

Haruki Murakami, en su libro *De qué hablo cuando hablo de escribir*, sostiene que “los premios literarios pueden dirigir momentáneamente el foco de atención pública hacia algunas obras concretas”; cabe agregar que Murakami no ganó el Premio Akutagawa, considerado el más representativo de Japón, las dos veces que se presentó. Él dice estar aburrido de que le pregunten sobre el galardón que no obtuvo, y yo nunca se lo consulté en el único correo electrónico que intercambiamos hace diez años; me interesa más la singularidad de su abordaje literario, por encima de lo que arrastra o deja de arrastrar

Con Gregorio Martínez, compartimos no solo un correo, quizá una docena una década atrás; aunque tampoco le pregunté qué significaba para él ganar el certamen peruano más codiciado de aquel entonces. Mi curiosidad se enfocaba en la personalidad tras sus textos y la vigencia de estos.

Entonces, ¿cuál es la visión que tengo de Gregorio Martínez?

En principio, diría que es un prosista que escribe como quien juega frontón. El frontón es un deporte de paleta y pelota que, como muchos otros, se puede practicar tanto en una cancha reglamentaria como frente a una pared cualquiera. No hace falta estar acompañado para jugarlo; incluso, se disfruta mucho más haciéndolo solo. Es un divertimento individual que cumple con las normas y, también, las manda de paseo; es un ejercicio que no sigue líneas rectas, sino que busca la diagonal y lo oblicuo, los giros para aumentar el disfrute.

Gregorio Martínez se acoge a la sabiduría de los diccionarios, las enciclopedias, los tratados especializados y los materiales de divulgación para debatir con ellos en un asedio lúdico, lúcido y, además, lúbrico. Para este autor, tratar un tema es saltar a otros

temas, párrafo a párrafo, con máximo despliegue y energía. Es un prosista que tiene un estilo de jolgorio incluso cuando trata con el suficiente compromiso aspectos sobre discriminación o inequidad. Asimismo, revienta la pared a pelotazos cuando se ocupa de la solemnidad, la huachafería, la soberbia y la ignominia.

En los mejores artículos, ensayos y relatos de Gregorio Martínez, las raíces etimológicas de una palabra terminan por dar sentido no solo a ese vocablo, sino que irradian su significación a los reflejos culturales de una lengua entera. En otras páginas, toma la lengua para canibalizarla; es su propia lengua escrita la que ingenia nuevas posibilidades para el idioma español. Disfruta de este idioma, hace malabares con él. Nunca toma nuestra lengua como un objeto inmóvil, pues, viejita como está, siempre está inclinado a darle respiración de boca a boca.

Pocos autores peruanos son tan insinuantes, inquisitivos y divertidos. Y si bien su obra también puede juzgarse de repetitiva y disgregada, lo cierto es que ha configurado uno de los universos literarios más reconocibles de nuestras letras; lo aseguró desde el comienzo con *Tierra de caléndula* y *Canto de sirena* hace cuatro décadas. Por otro lado, sus artículos, ensayos y relatos parecen una puesta en escena que incita una aventura del conocimiento y una exploración por el lenguaje.

En Gregorio Martínez se conjugan con igual fortaleza los modos cultos y groserías de barrio, mientras que en buena parte de su producción palpita su natal Coyungo, como la mansión de sus referencias más íntimas.

A pesar de lo dicho, no me gusta todo lo que se publica de Gregorio Martínez, pero he disfrutado bastante dos libros recientes: *Mero listado de palabras* de Editorial Imago y *Embrujos y otros filtros de amor* de Editorial Peisa.

Mero listado de palabras reúne artículos breves en seis secciones con nombres de peces. El que sepa nadar, que aproveche y hasta bucee. Estos textos de Gregorio Martínez abordan la sexualidad y las tantas manifestaciones de la cultura con sustantivos y adjetivos que yo ni siquiera sabía que existían. Muchos están recogidos de la calle de antes y de ahora, y transmiten a los textos el dinamismo de su oralidad.

El encanto de estos artículos va más allá de la novedad lexicográfica y la diversidad temática, las cuales podemos rastrear en otros prosistas; su encanto radica, asimismo, en el modo con que Gregorio Martínez se asienta en sus inquietudes. Junto con su voz personal, también es personalísimo su enfoque; por ejemplo, escribe: “Aunque conocía a Abimael Guzmán y hasta puedo añadir que fue mi amigo, nunca supe si le gustaba la poesía, menos aún la poesía pesada”. Pocos escritores podríamos iniciar un párrafo así, pero casi ninguno lo remarcaría de ese modo.

Este libro de Editorial Imago es una confirmación de la inagotable juventud de la literatura de Gregorio Martínez y una exhibición de su pasión por las palabras.

Por su parte, *Embrujos y otros filtros de amor* también ofrece seis secciones, pero no está compuesto exclusivamente de artículos. Lo más sustancioso del libro corresponde a los relatos, testimonios y crónicas de Gregorio Martínez. En esta publicación de Editorial Peisa predomina el gusto del autor por narrar, por encandilar al contar, por crear personajes e introducirlos en situaciones que son producto de una imaginación impar.

Y antes de las narraciones, el libro se abre, como pétalos de flor; se abre con una compilación de sortilegios para atrapar personas, ya sea por deseo o por afectos. Paso a paso, con un discurso arcaizante y procedimental, Gregorio Martínez propone ingredientes en sus libidinosas recetas de hechizo y magia. Estas pócimas consiguen, muy a su modo y a su gusto, insertar saberes populares en la cultura letrada hasta configurar una imagen del ser humano en consonancia con la naturaleza.

Sensitivo, goloso, generoso, sorpresivo, es Gregorio Martínez y un par de sus libros. Dos, en el conjunto de esa obra que es una sola, signada por la cadencia con que se expande su escritura. Dos, como el número de Copé en su trayectoria; galardones en cuento y ensayo que decidió ganar a mansalva porque tenía obra suficiente para merecerlos, tal como hacen los navegantes que surcan los mares y miran hacia las estrellas como si fueran el reflejo de su propio estrellato. Y si la vida le hubiera dado tiempo, quizá habría mandado un original a la Bienal Internacional de Novela para llevarse también.

Apuntes sobre el español afroperuano y los afronegrismos, a propósito de *Biblia de guarango* de Gregorio Martínez

MILAGROS CARAZAS SALCEDO

En la década del 70, el escritor y docente universitario Fernando Romero Pintado (1905-1996) proponía la existencia de la Cátedra de los Estudios Afroperuanos. Esta debería ser interdisciplinaria, de modo que albergara la historia, la antropología, la literatura y la lingüística. De esta manera, se asumiría el estudio de la situación del negro y su aporte cultural. Uno de los temas que consideraba prioritario para la investigación fue el proceso lingüístico del español costeño. Sin embargo, dicha área de interés no ha tenido los seguidores ni la continuidad que merecía con el paso del tiempo. Es por ello que dedicaré, inicialmente, este artículo al español afroperuano y los afronegrismos (o vocablos de herencia africana). Como se anuncia en el título, se trata de apuntes, no se busca que lo desarrollado sea concluyente ni determinante.

La idea de desarrollar este tópico surge de la relectura de *Biblia de guarango* (2001) de Gregorio Martínez Navarro (1942-2017), pues esta obra cuestiona a la “academia” por la desvaloración que hace del lenguaje popular costeño al excluir ciertas palabras, a veces divertidas e inverosímiles, de los diccionarios oficiales. Este léxico, propio del poblador de las zonas rurales de la costa-sur, está conformado por americanismos, peruanismos, quechuismos, afronegrismos, regionalismos y localismos. Es, por eso, que el autor propone “escribir en coyungano”, entiéndase bien, con ayuda de ese mismo lenguaje discriminado por su irreverencia, exageración y creatividad. El término alude, sin duda, a Coyungo, lugar de nacimiento de Martínez. Esta preocupación lingüística que siempre ha caracterizado la obra narrativa y ensayística de este escritor

sirve de punto de partida para llevar a cabo una reflexión crítica ahora.

Curiosamente, Romero leía con delectación la obra de Martínez, por lo menos para su *Quimba, Fa, Malambo, Ñeque. Afronegrismos en el Perú* (1988). Lo cita reiteradamente y toma varios ejemplos, mientras que Martínez elogia este trabajo de Romero y destaca sus dotes de narrador de ficciones en “Innuendos” de *Biblia de guarango*. Dicha sección está dedicada al comentario crítico de los diccionarios, tanto de la lengua española como de aquellos que recopilan regionalismos del Perú. Ampliaré la información sobre estas obras más adelante.

El presente trabajo está dividido en tres apartados. En el primero, se ofrecerá un somero panorama de las lenguas afrohispanicas en el continente americano para luego dar cuenta de la situación actual del estudio del español afroperuano. En el segundo, se revisará brevemente los aportes y los avances en la investigación de los afronegrismos en Perú e Hispanoamérica. Por último, se analizará *Biblia de guarango*, concentrándose, sobre todo, en los afronegrismos que aporta esta obra como un esfuerzo de su autor para evidenciar la riqueza del lenguaje popular de la costa-sur del país.

LAS LENGUAS AFROHISPÁNICAS Y EL ESPAÑOL AFROPERUANO

En este apartado, intentaré ofrecer un panorama sobre el impacto histórico y lingüístico que tuvieron las lenguas africanas en el continente americano para que el lector comprenda la relevancia que tiene el tema actualmente y cómo este se ha descuidado a nivel local. En todo caso, concentraré mayor atención en el estudio del español afroperuano. Es decir, ofreceré un ba-